

## EL LUGAR TEORICO DEL PERSONALISMO, HOY

José Eugenio Candela

Resulta siempre difícil reducir el personalismo a una serie más o menos coherente de pensamientos. Si hablamos de idea personalista, ésta es, como decía Mounier, nada menos que la inspiración común de la humanidad, el nombre mismo del humanismo que incluye toda actividad filosófica. Nadie puede encerrar esa idea en unos moldes especulativos determinados. Así, el personalismo será siempre algo más que un pensamiento. Deberíamos verlo sobre todo como una actitud vital, como un juego constante entre actitudes y categorías. Pero, en cuanto pensamiento, el personalismo reclama en nuestros días un estatuto teórico que lo sitúe en el nivel que demandan los tiempos que vivimos. Las *carencias categoriales* en nuestro campo de pensamiento se dan, en general, casi por sueltas. Y, sin embargo, no es tanto un problema de creencias cuanto una necesidad de revisión crítica lo que una teoría personalista puesta al día debe afrontar. Partamos, pues, de una conciencia clara de nuestras propias posibilidades sin complejos de ningún tipo. Ya nos ayudaba Mounier en esta actitud cuando escribía que «también nosotros tenemos nuestra pequeña tradición: Sócrates, el cristianismo, el largo esfuerzo de Europa por imponer el hombre al mundo y por insertarlo en el mundo al mismo tiempo que lo independiza de él. Un día, sin duda —decía Mounier—, deberemos sondear esa potente herencia y descubrir en ella una antología de los clásicos del personalismo, para dejar claro que nosotros no somos unos pequeños inventores». El *apoyo en una tradición* consolidará la puesta al día; pero nos urge, sobre todo, saber qué tiempos nos tocan. Son éstos, tiempos marcados esencialmente por la *confusión*, época de anomía o de pantonomía, según se mire: época en la que o bien ya no sirve hablar de normas, de criterio fijo o de certezas, o bien todo está permitido y todo vale, pues se ha llegado al máximo de relativización en los postulados y exigencias de la vida en convivencia. Si hacemos caso de algunos teóricos de moda, nos aturdirán con eso de la *condición posmoderna*, que al decir de Lyotard no es más que «el estado de la cultura después de las transformaciones que han afectado a las reglas de juego de la ciencia, de la literatura y de las artes a partir del siglo XIX». Es decir,

que ya no servirían para definir nuestro tiempo ninguna de las nociones que sirvieron de motor hasta hoy: proletariado, clase burguesa, hombre, historia, trabajo, bien común, etc., habrían ido a parar al culo del saco, y, si así fuere, estaríamos en los umbrales de una nueva cosmovisión, a la que tendríamos que irnos acostumbrando sin nostalgias de lo pretérito y con perspectivas de futuro. Y, sin embargo, nosotros pensamos que las tareas teóricas del presente, quizá ahora más que nunca, son tareas de ordenación y clarificación. Por lo que a nosotros respecta, primero corresponde limpiar la propia casa; ponemos de acuerdo en la orientación de nuestro camino con la conciencia de llevar una carga conceptual muy dificultosa. Junto a ello, el viejo reclamo de la responsabilidad, también en la teoría, sigue teniendo un valor inestimable para nuestro *aggiornamento*. La responsabilidad aquí debe consistir simplemente en estar disponibles para cualquier llamada exterior, atentos a cualquier aviso que venga, real o simbólicamente, a hacer que nos sintamos incómodos. Hay actualmente muchos avisos de ese tipo. No os voy a hacer ahora una lista de las cosas que exigen una respuesta en el plano del pensamiento. Os voy a proponer simplemente algunos criterios que en mi opinión pueden iniciar el debate.

En primer lugar, pues, habría que ponerse de acuerdo acerca de lo que podríamos llamar postulados heredados. Así, especialmente, el postulado de la persona, de un sujeto ético trascendental que ya no parece tener necesidad incluso de ser definido porque se ha demostrado su inefabilidad o simplemente su inoperancia discursiva. El abandono del sujeto personal por parte del pensamiento de nuestra época es, entre otras cosas, un error de gran calibre, todo un error de civilización. En un momento crucial de su reflexión, el maestro Kant recomendaba tener muy en cuenta el límite supremo de todo pensamiento sobre el sujeto. El límite de lo que él llamaba la *Vernunftglaube, la fe racional*, esa especie de techo de la razón práctica y, en general, de todo poder. Este es uno de los postulados heredados que quizá no ha sido aún suficientemente valorado y revisado por el personalismo, que de una forma inconsciente lo ha hecho tejido de sus esquemas teóricos sin calibrar en profundidad el alcance esencialmente laico de su significado. Nuestro gran reclamo teórico, el sujeto personal, es algo que nos resultará más familiar, una idea encarnada, sólo en la medida en que tomemos una opción sobre los límites de nuestro pensamiento sobre el sujeto, en la medida en que podamos traspasar con tranquilidad ese límite y movernos satisfechos en *la casa de la trascendencia*. Desmenuzar ese postulado, hacerlo realmente, íntimamente motor e inspiración de nuestro pensamiento sobre la persona; he ahí una de las posibles puertas de salida de la confusión, una posible superación de las carencias.

Uno de nosotros definía no hace mucho al sujeto ético como *autonomía-teónoma*. Es ya tomar partido en favor de una salida sincrética; hacer depender el sujeto, por cuya reaparición luchamos, de la confianza en una trascendencia que tranquiliza y da impulso al mismo tiempo a nuestra creencia personalista. Pero no nos podemos contentar en una síntesis construida, por muy profundamente apasionada que ésta nos surja. Nuestra tarea moral del presente sigue estando condicionada por una toma de postura inicial respecto a las creencias religiosas y, en especial, al cristianismo, del que muchos de nosotros participan. Aquí se impondrá siempre la necesidad de matizar, como nos señalaba Mou-

nier, en el sentido de que para el cristiano personalista, su personalismo no será un personalismo cristiano, sino un *personalismo de inspiración cristiana*. Se trata de algo más que un matiz, decía Mounier. El cristiano no calca apresuradamente sus tesis personalistas de su cristianismo, las *conquista mediante el libre esfuerzo de su pensamiento y su investigación. Han de ser tesis filosóficas, filosóficamente válidas, o tesis políticas, políticamente válidas*; si no, no serán nada. A partir de esa *prevención en el método, y en el límite, nuestra teoría ha de ser una teoría abierta incluso a las negaciones más provocativas, los desgarramientos más radicales de nuestra buena conciencia*. Este lenguaje no está muy de moda, ahora que se lleva el hedonismo y que el deseo se hace categoría, pero los referentes de este lenguaje son casi eternos y deben encontrar ahora una formulación histórica válida para nosotros, sin necesidad de quedarnos en el límite. El paso del límite hacia la trascendencia, podríamos decir, debe ser retórico; no ha de preocuparnos el aviso de quienes nos piden una lógica de la explicación más científica. Debemos construir, en lo que cabe, más argumento actual y rejuvenecido, aun en contra de los paradigmas triunfantes. Y todo esto sin machacar nuestra memoria, por muy tentados que nos sintamos por algunos postulados posmodernos. Por ejemplo, la memoria de nuestra propia autonomía, aquella que queremos seguir identificando con la libertad bajo condiciones de Mounier, en el convencimiento de que la libertad absoluta es un mito. El personalismo no puede dejar de conjugar su idea de libertad con un sentido de la historia, a ser posible un sentido determinado. Y así, otros ejemplos. Se trata, pues, en primer lugar de pensar de nuevo, y continuamente, la persona. Quizá podríamos decir que casi es más importante cómo la pensamos entre todos que el hecho mismo de pensarla, o el que sea la persona el objeto de nuestro pensamiento.

Después de nuestro acuerdo inicial sobre la persona, propondríamos contrastar el acuerdo con los paradigmas actuales. Con los triunfantes y también con los residuos. La crisis económica del 73 es en sus aspectos esenciales de signo opuesto a la del 29, que motivó, en gran medida, muchos de los planteamientos del grupo *Esprit*. Nuestra crisis se llama especialmente superproducción. Y ante esa superproducción, también de tipo intelectual, convendría, a lo mejor, adoptar esa que Mounier llamaba actitud de conversión: algo así como lo que daba a entender Platón con su mito de la caverna, la metanoia de los cristianos o el salto de los existencialistas. Se trata simplemente (o nada menos) que de llevar al plano del discurso nuestra íntima transformación moral; exteriorizar conflictos de creencias, verdadera expresión de la libertad personal, es decir, algo distinto a la producción de explicaciones. La superproducción teórica de nuestros días se debe a un incorrecto entendimiento de la función social de la teoría. Se pretende explicar el mundo exterior, cada vez más atomizada, más especializada, sin advertir que primero debe uno explicarse a sí mismo. Hay en la ascesis vital de la persona un momento previo de recogimiento, no definitivo, pero sí previo; también debe haberlo en nuestro discurso. Con él, de momento evitamos aumentar la confusión, producir excedentes de teoría. Hablando entre nosotros, no hay por qué tener mucha prisa en publicar fuera del Instituto. Los paradigmas de la superproducción, bien sean los que marcan la ley del mercado

del intelecto, bien los productos residuales, nos pueden servir de ejemplo de cuánta es la inutilidad en la teoría. Una teoría personalista no puede honestamente reproducir los errores de la crisis. No puede permitirse el lujo de iniciar su revisión para terminar siendo, más tarde o más temprano, una teoría más, que a lo mejor ni siquiera llega a consolidarse como paradigma. Porque no debemos olvidar que la nuestra es la teoría por excelencia; no una filosofía más, sino, en la medida en que sea posible como teoría, es —repito con Mounier— el nombre mismo del humanismo que implica toda actividad filosófica. No pretendo ahora listar los paradigmas que deberíamos analizar en nuestro recogimiento —lo que queda del marxismo, el mismo postulado humanista, la herencia de pensamiento cristiano, el gran y triste sector analítico, las modas neoliberales, etc.—, hago tan sólo una llamada de atención a nuestra disposición crítica, a nuestra actitud básica como dialogantes y como teóricos: esto es, a la conciencia plena de que si nos pretendemos llamar personalistas nos exponemos a intentar encontrar bastante más que verdades parciales sobre el hombre. La responsabilidad es mucha y hay que medir nuestras fuerzas desde el comienzo.

Terminamos con estas ideas. Muchas cuestiones, prácticamente todas, quedan por discutir. La gran cuestión del método, las tentaciones de sincretismo, nuestra definición política, el mismo carácter relativo de la necesidad de definir, nuestras propias condiciones de posibilidad como teoría y de responder afirmativamente a este interrogante, la cuestión más acuciante, nuestra propia especificidad teórica. Por mi parte he osado simplemente abrir el debate. Muchas gracias.